

# problemas éticos en torno a la muerte:

## III. La verdad al enfermo

E. López Azpitarte

### Hacia un nuevo estilo de morir

La actitud del hombre de cara a la muerte, en nuestra sociedad actual, ha sufrido un cambio extraordinario con relación a otras épocas anteriores. Basta recordar las ceremonias impresionantes que rodeaban a un acontecimiento como éste. El hombre vivía y compartía con los demás estos últimos momentos, como el gran protagonista y dueño soberano de su propia muerte. Al moribundo correspondía el papel principal de esa gran ceremonia, consciente de todo lo que estaba sucediendo. Su habitación quedaba convertida en un lugar público, donde familiares y amigos podían oír los consejos y recomendaciones finales, mientras él se preparaba para su encuentro con Dios.

Por eso, el anuncio de su proximidad se consideraba como una verdadera obligación. El «nuntius mortis» (mensajero de la muerte) era un oficio asignado al médico, familiar o amigo para cumplir con un deber de caridad, cuando el enfermo no se daba cuenta de su cercano fin. En este sentido, era significativa la plegaria de la Iglesia en sus letanías, en las que pedíamos ser liberados de una muerte súbita y repentina. Esta era una desgracia terrible no porque pudiera evitar un posible arrepentimiento y conversión de la vida anterior, sino, sobre todo y principalmente, porque privaba al hombre de vivir con autenticidad y conciencia su momento final. Sería una pena lamentable que las circunstancias o el ocultamiento pretendido por parte de los demás llevaran a una muerte inadvertida, en la que el moribundo no fuera su verdadera protagonista. La ceremonia quedaría, entonces, demasiado vacía y sin contenido.

No quiero con ello crear una imagen ingenua y engañosa, como si todas las muertes en la antigüedad estuviesen llenas de paz, serenidad y resignación. Los testimonios recogidos moderan, en gran parte, un optimismo desmesurado<sup>1</sup>, pero no cabe duda que si en algo se diferencia nuestra cultura de la antigua, en este punto, es en que, frente a la naturalidad y aceptación de otras épocas, hoy estamos asistiendo a un escamoteo de la muerte. Parece como si nos hubiéramos puesto de acuerdo en expulsarla de nuestra sociedad. Todos somos cómplices de alguna manera, para que su presencia entre nosotros pase lo más inadvertida posible.

Lo ideal sería ahora lo contrario de antes: la muerte súbita y repentina de la que pedíamos nos librara el Señor. Un nuevo estilo de morir se dibuja en nuestro horizonte moderno y se extiende con la aprobación implícita de una gran parte de la humanidad: encontrarse con la muerte sin darse cuenta, efectuar el tránsito en la ignorancia, salir de aquí con la misma inconsciencia con que venimos al mundo. Para muchos es una alegría poder afirmar, como se dice tantas veces, que alguien murió sin sentirlo ni enterarse. Como un consuelo entre las penas y tristezas de la separación<sup>2</sup>.

### **El tabú de la muerte**

Y resulta, por lo menos, paradójico que una sociedad como la nuestra, donde se han querido superar todos los límites y barreras de antiguos tabúes, haya acabado haciendo de la muerte el tabú fundamental. Si antes era un acontecimiento social y público, ahora lo mejor es mantenerlo oculto e ignorado, como si el simple conocimiento o aproximación pudiera desencadenar una tragedia involuntaria. El hombre, hoy más que nunca, tiene miedo de acercarse a todo lo que tenga relación con la muerte. Como no puede vencerla de manera definitiva, lo mejor es intentar ignorarla, como si en la práctica no existiese, evitando aquello que nos haga recordar su presencia.

Los signos de este rechazo se multiplican en todas las sociedades desarrolladas<sup>3</sup>. Muchos prefieren evitar que el enfermo conozca su verdadera situa-

(1) J. DELUMEAU, *La peur en Occident*, Fajard, Paris 1978.

(2) Para el estudio de esta evolución sigue siendo fundamental el libro de PH. ARIES, *L'Homme devant la mort*, Du Seuil, Paris 1974. Ver también M. VOVELLE, *Mourir autrefois (Attitudes collectives devant la mort aux XVII et XVIII siècle)*, Gallimard, Paris 1974. J. HOFMEIER, *La experiencia actual de la muerte*, *Concilium* n.º 94 (1974) 9-19. J. BASURKO, *La cultura dominante ante el problema de la muerte*, *Iglesia viva* n.º 62 (1976) 103-122. D. GARCIA-SABELL, *La muerte, hoy*, *Cuenta y razón* n.º 2 (1981) 27-43.

(3) En L.-V. THOMAS, *La mort africaine. Ideologie funéraire en Afrique noir*, Payot, Paris 1975 y en D. ZAHAN, *Espiritualidad y pensamientos africanos*, Cristiandad, Madrid 1980 pueden encontrarse múltiples testimonios de cómo se enfrentan estas culturas con la muerte. Ya en 1749, Buffon escribía a Eüropa: «La mayor parte de aquellos que son salvajes prestan más atención que nosotros a estos últimos instantes». Y es que, como me manifestaba el jefe de un poblado negro: «Los blancos conoceis bien muchas cosas, pero hay un asunto que ignorais: la muerte».

ción. Hasta cuando se llama al sacerdote, pretenden que nuestra visita aparezca como una simple casualidad para que el moribundo no la vincule con un empeoramiento de su proceso y mucho menos con un próximo desenlace. Cada vez más el óbito ocurre en los hospitales, sin que el cadáver necesite volver a casa. Una nueva serie de ritos, que se han convertido ya en un negocio rentable, han hecho de él un objeto de consumo. El precio se paga con gusto porque evita un conocimiento de la trágica realidad. A través del embalsamamiento, de la música y flores en los nuevos velatorios, de una atmósfera que disminuya las tensiones emocionales, etc., se busca eliminar los sentimientos molestos, repulsivos y desagradables que podrían provocar la presencia de un cadáver.

Es decir, con las técnicas modernas y las normas de esta nueva tanatología, se quiere borrar todo patetismo para que el rostro de la muerte no se manifieste como es. Cualquier simbolismo que evoque su memoria habrá que alejarlo como un espectáculo deprimente<sup>4</sup>, o darle una configuración distinta que cambie su significado<sup>5</sup>. Una asepsia impresionante rodea al hecho de morir para evitar cualquier tipo de contagio. ¿Por qué este miedo y lejanía?

#### **Las razones de un rechazo: ¿tiene sentido vivir la muerte?**

La respuesta a esta pregunta no parece difícil. La muerte en una sociedad secularizada, donde la dimensión religiosa y trascendente no tiene apenas ninguna vigencia, se tiene que sentir como una amenaza contra el dominio progresivo del hombre sobre la naturaleza. Es la experiencia de un fracaso, a veces de manera absurda, tonta y casual, que destruye los deseos e impulsos más humanos y las ansias de vivir. Fuera de algunos casos límites, en los que se busca como una liberación, no parece encerrar ningún sentido. Es algo tan absurdo y lastimoso que no cabría otra postura que la rebeldía o una actitud de resignación fatalista en lo inevitable. La primera aumenta la amargura y la tragedia, mientras la segunda supone haberse enfrentado con el tema para una ulterior reconciliación.

(4) Hace todavía poco tiempo conocimos, por la prensa de Madrid, que los vecinos del barrio de S. Pascual se opusieron tenazmente al proyecto de abrir un servicio funerario en la zona, que parecía la más adecuada por diferentes razones. El simple paso de los furgones funerarios lo consideraban un espectáculo macabro... Mientras que antes, junto a la Iglesia, que era de ordinario el corazón espiritual y geográfico del pueblo, se alzaban las cruces y cipreses de nuestros cementerios, con el recordatorio tan frecuente en su entrada de *Hodie mihi, cras tibi* (hoy a mí, mañana a tí).

(5) Cfr., por ejemplo, el interesante análisis de J.D. URBAIN, *Les cimetières d'Occident*, *Etudes* 357 (1982) 193-204, con la bibliografía allí citada para ver su evolución arquitectónica y sus diferentes significados. Las muchas muertes que se observan en las películas son un simple espectáculo, que no acerca ni recuerda para nada su auténtica realidad. No es algo, por tanto, que impresione y nos toque de cerca.

Por eso, lo más frecuente es, como un mecanismo de defensa psicológico para escaparse del problema, la despreocupación, el olvido y la huída de aquellos símbolos que recuerdan su existencia. Una solución —la más cómoda y descomprometida— que se refleja en el fondo de aquella coplilla popular: Cada vez que considero/ que me tengo que morir,/ tiendo la capa en el suelo/ y no me harto de dormir.

Frente a este nuevo estilo de morir, típicamente americano<sup>6</sup> pero con una creciente implantación en todas partes, habría que recuperar de alguna manera el control de la muerte. No se pretende volver ahora a costumbres o manifestaciones de otras épocas, que apenas mantienen alguna significación para nuestra cultura moderna, sino re-descubrir con una perspectiva diferente lo que significa semejante acontecimiento. Es una toma de conciencia para que el hombre comprenda que puede y debe vivir su propia muerte, no soportarla de manera pasiva, como una fatalidad absurda e inexplicable.

#### **La riqueza del tiempo humano: valor del pasado**

«Nuestra vida son los ríos que van a dar a la mar que es el morir». Es el destino del hombre que la naturaleza le impone como una necesidad y tributo, sin que nadie consiga liberarse de esa condición mortal. Pero el ser humano no es sólo una naturaleza dominada por el flujo constante que nos lleva hacia el mar, es también persona —razón y libertad—, que nos capacita para enfrentarnos con ese hecho y transformar lo que sería pura fatalidad en un destino, descubrir un significado en lo que aparentemente se manifiesta como absurdo e insensato. Pero ¿cabe alguna posibilidad de encontrarle significado a la muerte?<sup>7</sup>

La gente suele tener una concepción del tiempo demasiado fisicista y aburrida. Como un flujo de instantes sucesivos e iguales en el que sólo posee valor el momento presente. El pasado no tiene mayor interés ni utilidad, porque ha desaparecido y pertenece ya a la historia, como las hojas viejas de un calendario. Y el futuro se revela sin ninguna consistencia, ya que está vacío de toda realidad. Sólo el ahora resulta valioso y aprovechable, pues lo anterior y lo que vendrá aparecen como simples recuerdos o como proyectos ilusionados.

(6) En 1963 ya había escrito su célebre ensayo J. MIFFORD, *The American Way of Death*, Greevech, Conn 1963, donde analiza los nuevos ritos secularizados, que pretenden ocultar todo lo que de repulsivo, desagradable o penoso puede darse en tales circunstancias. Esta nueva ciencia de la muerte —la tanatología— posee también una serie de eufemismos para eliminar aquellas palabras —cadáver, cementerio, féretro, etc.— que encierran una vinculación más directa con la realidad del acontecimiento.

(7) J. L. DE LA PEÑA, *Perspectiva cristiana de la muerte*, Iglesia viva n.º 62 (1976) 137-151. P. SPORKEN, *Ayudando a morir*, Sal Terrae, Santander 1978, pp. 87-99. A. TORNOS, *Sobre el acompañar a los que mueren: un punto de vista teológico*, en AA.VV., *La eutanasia y el derecho a morir con dignidad*, Paulinas, Madrid 1984, pp. 205-225.

De ahí, la obsesión por gozar del presente, como del único instante que se puede aprovechar. No existe nada a su alrededor, a no ser la nostalgia de lo que ya fue o el deseo que se proyecta hacia lo que un día será.

Sin embargo, el tiempo humano no tiene ningún parecido con las horas de un reloj, ni siquiera con la temporalidad de los otros vivientes. El hombre es el único animal que vive el tiempo, lo configura, lo llena de sentido, mientras que los demás sólo consiguen vivir en él. Por eso, esa aparente sucesión monótona de instantes sufre una importante modificación, cuando se observa desde una perspectiva humana. El pasado no es lo que se pierde para siempre —como una muerte que aleja sin remedio al ser que se quería, o el que nos recuerda con pena lo que ya fuimos—, sino que permanece y existe concentrado en el presente que somos, lo conserva celosamente escondido en cada momento que vivimos. La historia que nos precede ha hecho posible el ahora que poseemos, donde el pasado se concentra y actualiza, sin que su riqueza humana quede definitivamente en el olvido. Se pierden las cosas, pero no la historia humana de cada uno, que acompaña, enriquece y densifica nuestro presente caminar.

### **La presencia del futuro como proyecto existencial**

Lo mismo cabría afirmar del futuro. El hombre no puede vivir sensatamente la actualidad si no tiene un proyecto hacia el que orientar sus pasos. La crisis de identidad —que hoy se manifiesta con tanta fuerza a través de las frustraciones, angustias, estados depresivos, etc.— es una crisis de nuestra civilización. Los psicólogos encuentran su explicación más profunda en la pérdida de este proyecto existencial. Una gran mayoría no ha descubierto aún el sentido último de la vida; se halla sin una respuesta válida a la pregunta inevitable que pesa sobre nuestra existencia: la orientación y destino que deseamos darle. O se trata de una respuesta incompleta y superficial, que no sirve para satisfacer a los verdaderos interrogantes humanos. Sin ella, no es posible vivir con una determinada coherencia que posibilite, a su vez, el ajustamiento interior y la misma maduración psicológica de la persona.

Lo contrario llevaría a un estado permanente de indecisión, pues no sabríamos qué elegir entre los diferentes posibilidades que se presentan, como el que se pusiera en camino sin saber hacia dónde se dirige. Lanzarse a la vida sin ningún itinerario que oriente, sin una meta que justifique el porqué de nuestra conducta, termina por crear un desconcierto profundo, o sólo se consigue ocultarlo con la superficialidad, el engaño o la hipocresía.

Esto significa, dicho de otra manera, que el futuro con una presencia, aunque sólo sea intencional, está también presente de alguna manera, dando

un proyecto y una significación a cada uno de los momentos actuales. Desde el aquí anticipamos el futuro, orientando y dirigiendo el presente hacia lo porvenir. No sólo somos por lo que hemos sido, sino que somos, principalmente, para algo, para lo que deseamos llegar a ser. Entonces, surge la sorprendente paradoja de que el presente, que se valora como lo único real, no es nada más que la enorme condensación del pasado y, sobre todo, el proyecto de un futuro hacia el que orientamos nuestros pasos. De tal manera que, en esta gramática verbal de la vida, la conjugación del futuro es la que alcanza una importancia primordial. El, mucho más que el pasado, llena de contenido, novedad e ilusión el momento que se vive.

### **La única alternativa posible**

En este sentido, la muerte aparece como el punto culminante y último de esa aventura misteriosa de la vida, y frente a ella hay que sentarse y reflexionar para ver qué postura y actitud se adopta. Es un dato elemental que no podemos excluir de nuestra experiencia, máxime si tenemos en cuenta, como ya dijimos en otra ocasión, que el morir de cada día, como camino hacia ella, es una experiencia de nuestra evolución y temporalidad. Vida y muerte están de tal forma entrelazadas en el existir humano que no es posible encontrarle un sentido pleno a la primera si, al mismo tiempo, no lo descubrimos para ésta.

Quien no es capaz de vivir con libertad la(s) muerte(s) —y en cristiano habría que añadir con fe— tampoco podrá enfrentarse a la vida con una auténtica libertad y una fe verdadera. Querer ignorarla, dejarla en el olvido, o defendernos de ella con múltiples mecanismos imposibilita necesariamente una respuesta integral y completa al interrogante de la existencia. También aquí la ingenuidad, el miedo o la mentira impide muchas veces el enfrentamiento con el problema más profundo, y todos sabemos muy bien que la salida falsa nunca es el mejor camino para una adecuada solución.

Comprendo que no es fácil la aceptación de estas ideas en una cultura que ha hecho de la muerte un objeto malo y pornográfico —como había hecho en otras épocas con la sexualidad— para justificar su rechazo y alejamiento. Pero por mucho que nos moleste y desagrade, ahí está con su presencia inexorable. La alternativa depende de nosotros: o la soportamos vencidos en la pasividad e ignorancia, como niños que ocultan el rostro para defenderse ingenuamente del peligro, o intentamos una reconciliación a nivel humano o religioso para encontrar un significado a este acontecimiento.

## Valores de la comunicación sincera

De ahí, que las discusiones sobre la conveniencia o no de manifestar la verdad al enfermo no hayan alcanzado nunca la unanimidad de criterios. Defensores y adversarios de una información verídica proponen argumentos para defender sus tesis encontradas<sup>8</sup>. Y es que tal vez aquí, como en otros problemas que nos afectan de modo directo, la postura de mero espectador aséptico no es posible, sino que la opción personal está íntimamente ligada con la manera con la que cada uno se acerca y reacciona frente al hecho del morir. La teoría queda configurada, en gran parte, por una praxis que responde a nuestros sentimientos y emociones.

Por eso, si se aceptan los presupuestos en los que hemos insistido antes, el ideal sería la comunicación franca y sincera de la verdad, como exigencia que brota de una concepción del hombre, capaz de afrontar con lucidez y conciencia los acontecimientos del destino. Es un gesto que posibilita el dominio y la libertad hasta el último instante de la vida; que dignifica estos momentos finales, pues no desposee al hombre de su responsabilidad con la mentira o el ocultamiento de la ignorancia. La verdad impide reducir al enfermo a un nivel inferior, donde se le mantiene engañado, en un clima artificial y falso, en el que los demás saben lo que acontece, menos él, el único protagonista y actor de su historia. Antes de que muera se le roba su dignidad adulta para mantenerlo falsamente protegido, como si se tratara de un niño, sin otra autonomía o capacidad que la que los otros quieran otorgarle. Es un acontecimiento demasiado serio para que se viva, antropológica o religiosamente, como algo neutro e indiferente.

Es muy difícil, como confirma la experiencia, que un enfermo consciente no intuya la gravedad de su proceso. Son muchos los signos y mensajes secretos que recibe, sin que nunca se consigan disimular por completo, que terminan despertando en él la duda, la angustia o incertidumbre. El ritmo de visitas, los comentarios en voz baja, los gestos de preocupación, las miradas y otros múltiples detalles le indican lo que ya sospecha, pero que no podrá compartir con nadie. La verdad, en estos casos, libera de esos sentimientos interiores, que atenazan al que no sabe y tiene la impresión de que le quieren engañar. Con el peligro, incluso, de exagerar la gravedad de su propia situación, ya que si

(8) J. MAYER-SCHEU, *El servicio al prójimo moribundo*, Concilium n.º 94 (1974) 108-124. AA.VV., *Verité et mensonge dans le domaine de la santé*, Supplément 22 (1976) 131-198. C. IANDOLO, *Parlare col malato*, Armando Editore, Roma 1983. G. PERICO, *Il diritto del malato a sapere*, Agglor. Soc. 34 (1983) 171-180. CL. GEETS, *Verité et mensonge dans la relation au malade*, Rev. Théol. Louv. 15 (1984) 331-345. H. THIELICKE, *Vivir con la muerte*, Herder, Barcelona 1984, pp. 75-86.

no le dicen nada —o sólo palabras demasiado optimistas y consoladoras— es porque no queda ninguna esperanza. La relación sincera permite instaurar unas relaciones mucho más profundas, superando aquellos niveles de superficialidad mantenidos con el disimulo y las mentiras piadosas.

### **La reconciliación humana y sobrenatural**

Aun desde un punto de vista humano, creo que el encuentro con la muerte resulta más digno, cuando el hombre la vive con lucidez y no la soporta simplemente con rebeldía y fatalismo. La huída intencional, que pretende ignorarla con tantos mecanismos de defensa, es un signo, en el fondo, de cobardía y derrota que intenta encubrir con otras manifestaciones aparentemente más triunfales y positivas<sup>9</sup>. La distracción existencial es un escape que, como cualquier tipo de droga, saca por un momento de la realidad, pero no la cambia. Una angustia reprimida necesita otras salidas y desplazamientos, que repercuten en nuestra forma de actuar y comportarnos. La angustia vencida se llama paz, reconciliación, armonía interior, que sólo es posible cuando no tememos enfrentarnos con la verdad por muy negativa y dolorosa que fuera. Un paciente, engañado a sabiendas por todos los que le rodean, es entregado a la muerte como víctima y objeto, sin que él pueda llevarla a término.

Acepto, sin embargo, que para aquellos que sólo ven en la muerte el final definitivo, un término sin ningún otro horizonte, lleguen a preguntarse, a pesar de todo lo dicho, si vale la pena prepararse para la nada, y prefieren, como solución, el olvido y la ceguera<sup>10</sup>.

Pero lo que resulta extraño es que se defienda esta misma actitud cuando se trata de personas creyentes, cuya fe debería abrir otras perspectivas hacia la trascendencia, lo eterno y la esperanza. Si es la hora del encuentro con el Dios que nos espera, el cristiano tendría que prepararse a esa cita para vivirla con un talante bien distinto del que no cree en la promesa de la revelación. No es un destino desgraciado e incomprensible que nos ha sido impuesto, sino la ofrenda última que el hombre realiza en manos de su Creador, como gesto de sumisión, entrega y cariño. «Por eso me ama mi Padre, porque yo me des-

---

(9) J. L. RUIZ DE LA PEÑA, **Muerte e increencias. Inventario de actitudes y ensayo de comprensión teológica**, *Sal Terrae* 65 (1977) 675-686. H. THIELICKE, o.c., (n. 8), pp. 32-53.

(10) El tema podría discutirse pues, como ya hemos dicho, no es posible encontrar un sentido completo a la vida, si no le descubrimos un significado a lo que forma también parte de ella. Por eso, me parece muy sensata la postura del agnosticismo: «A veces aparece el cansancio de la finitud que se traduce en desconsuelo y zozobra ante la vida; pero es el resultado de una mala educación. Nadie puede cansarse de vivir si está educado en amor a lo finito». E. TIerno GALVAN, **¿Qué es ser agnóstico?** Tecnos, Madrid 1976<sup>2</sup>, p. 82. Sólo habría que explicar que, dentro de ese vivir, también se halla la muerte.

prendo de mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, la doy voluntariamente» (Jn 10-17-18). La frase de Jesús, que puede aplicarse en cada momento de nuestro morir —mientras la vida se va agotando—, alcanzaría su mayor densidad y plenitud en este último trayecto, cuando todo se apaga y desvanece. ¿Por qué vamos a quitar la posibilidad de este definitivo ofrecimiento?

Las encuestas diferentes —y las mismas manifestaciones espontáneas en la conversación— confirman que la mayoría de la gente desearía tener un conocimiento de su gravedad. Sin embargo, cuando se trata de informar a otras personas, muchos afirman no estar dispuestos a hacerlo <sup>11</sup>. La diferencia parece indicar, por encima de otras motivaciones de las que hablaremos después, que el mayor obstáculo se encuentra en el hecho de la comunicación. Y creo que existe una justificación objetiva para esta dificultad. Porque no defendemos una información brutal y descarnada, para dejar al enfermo hundido frente a la amenaza de una posible muerte. Un gesto así resultaría demasiado cruel e inhumano como para considerarlo un ideal.

### **Exigencias fundamentales de la verdad: compromiso y discreción**

Manifestar la verdad supone el compromiso previo de ayudar a integrarla, de compartir las preocupaciones que surgen en esos momentos, de acompañar en la soledad interior, de caminar juntos por los difíciles senderos de esta última aventura. Este compromiso, que se relaciona con algo que nosotros mismos no acabamos de encajar y con lo que no queremos encontrarnos, explica el porqué de tantas negativas a una comunicación verdadera. En el fondo, es un mecanismo de defensa contra lo que exigiría de nuestra parte un cambio de actitud y un esfuerzo posterior al que no estamos dispuestos. Las verdades que afectan a lo más profundo del hombre sólo pueden ser dichas con un corazón lleno de humanismo y delicadeza. Si faltara esto, la verdad simplemente conceptual del lenguaje se convertiría en un atentado o perversión, al ignorar las cualidades indispensables que ella también requiere. Podría hablarse, incluso, de una mentira, porque no contiene las formas adecuadas para una comunicación personal. Sólo la entrega com-partida y com-pasiva —cuando se parte y padece juntos— hace que la palabra dicha no destroce aún más el corazón, sino que experimente la fuerza y el calor de una mano que lo acompaña. El problema de la muerte nos deja siempre en brazos de la soledad, pues cada uno debe afrontarla de forma solitaria, pero la compañía que se ofrece y comparte es la única que posibilita una preparación benéfica para ese momento.

---

(11) Resulta curioso que, en las diferentes encuestas, la negativa a la información es superior entre los médicos jóvenes que entre los mayores.

Esto supone la prudencia, el tacto y la discrección para detectar el modo, las circunstancias y el tiempo más adecuado y oportuno. La verdad también crece y se gesta a través de un proceso continuo de maduración. Si el enfermo debe hacerse consciente de ella, no significa que sea necesaria una revelación instantánea e inmediata. Son muchos los factores que condicionan y especifican a cada caso concreto para dar aquí, como en otros muchos campos, una normativa universal. El interés y la preocupación harán elegir la metodología más apta para esa toma de conciencia. Hay muchas formas de conseguirlo, sin caer en una manifestación prematura e imprudente, respetando el ritmo y las condiciones personales. El mismo silencio será, a veces, más elocuente y expresivo que muchas palabras. Lo importante es saber hacia dónde dirigir nuestra atención, y que la comodidad, la ley del menor esfuerzo, el miedo al compromiso posterior, o los propios mecanismos inconscientes no impidan la búsqueda de ese objetivo: el encuentro y la reconciliación con la propia verdad.

#### **El derecho a la información no es absoluto: la certeza del diagnóstico**

Defender el ideal de una información sincera no supone, sin embargo, convertirlo en una obligación absoluta. Todos sabemos que muchas veces, por desgracia, lo mejor es enemigo de lo bueno, y que el deber teórico más sublime necesita una acomodación posterior en la práctica. No siempre es posible responder a todos los valores que nos invitan a su realización. El conflicto entre la verdad y el bien del enfermo puede plantearse y, entonces, el derecho a conocer su situación queda en suspenso, cuando las consecuencias negativas de ese conocimiento fueron mayores que los beneficios que de él pudieran derivarse. Para informar se requieren, pues, dos condiciones previas: la certeza de la información que se ha de transmitir, y la capacidad psicológica del individuo a recibir ese mensaje.

Muchos se apoyan en la falibilidad de todo diagnóstico para justificar su negativa a una completa información. Siempre queda un coeficiente de incertidumbre, que imposibilitaría la seguridad de un pronóstico, aun la de aquellos que parecen mejor establecidos. Lo que se manifiesta como una verdad tal vez termine siendo una simple equivocación. No decir nada sería, entonces, la postura más neutral y objetiva para no eliminar la esperanza, auténtica terapia de la vida, que constituye también un derecho del ser humano.

Al margen de la medicina, esta postura ha sido defendida, desde una perspectiva ética, pero con una pasión que considero exagerada: «Cuando Vds., los médicos, dicen que alguien tiene una enfermedad mortal, mienten, porque no saben nada de ello. Un hombre no tiene derecho a condenar a otro hombre...

Para Vds. no existe nada más que este imperativo: mantener la esperanza. Y de esta esperanza sólo Dios es el único que tiene derecho a privarnos... La previsión del futuro y el cálculo de posibilidades les prohíbe colocarse en lugar de Dios; decir la verdad al enfermo es hacer de ángel y convertirse en jueces del futuro, cuando toda la profesión médica está fundada sobre la esperanza... Ir contra semejante esperanza es decir una verdad que, a mi parecer, es una miserable, una mediocre, una sórdida y una mezquina verdad»<sup>12</sup>.

Es cierto que, a pesar de todo el progreso científico, no todas las probabilidades de antes se convierten en certezas médicas, pero me parece, sinceramente, una escapatoria este argumento para ocultar la gravedad de la situación. En muchos casos, por lo menos, los indicios son más que suficientes, sobre todo después de un prolongado proceso y observación, para asegurar un diagnóstico objetivo. Tampoco se trata de romper toda esperanza, porque no siempre la enfermedad terminará en la muerte y, aunque ésta sea muy probable, no podrá eliminarse por completo otra salida diferente. Otras veces aparecerá como la única perspectiva en un plazo más o menos corto. Hacer consciente al enfermo de su gravedad, dentro de los márgenes relativos de cada caso concreto, es lo único que se pretende, como preparación a los acontecimientos venideros, entre los que se encuentra un posible e inminente final.

### **Las reacciones emotivas del enfermo: el simbolismo del cáncer**

Más importancia revisten, en mi opinión, las condiciones psicológicas y afectivas del moribundo. En las relaciones humanas no hay sólo datos científicos o especulativos, sino que cada palabra es dicha o recibida por la subjetividad de los dialogantes. Y más todavía en este campo concreto que afecta tan profundamente, sobre todo al que la recibe. La información ofrecida no será casi nunca un mensaje neutro. Ya hemos visto cómo el simple pensamiento de la muerte, o cualquier cosa que tenga relación con ella, levanta temores inconscientes, rechazos, olvidos, agresividad... incluso en las personas sanas. Su anuncio despertará con más fuerza una serie de reacciones emotivas en los sujetos afectados. La llegada del momento definitivo no dejará a nadie indiferente pues, aunque se viva con una aceptación humana y con una fe gigantesca, será siempre un hecho singular, único, demasiado importante para el hombre.

(12) V. JANKELEVITCH, *Mensonge et Médecine*. *Médecine en France* n.º 177 (1965) 5. El autor, a quien admiro como antiguo maestro, se confiesa aquí como un «amigo de la mentira» y «apasionadamente contra la verdad», porque parte del presupuesto de que, en estos casos, «el mentiroso es aquel que dice la verdad», p. 4. Presupuesto con el que no estoy de acuerdo por lo que he dicho.

Y no todos están preparados de inmediato o, incluso, nunca llegarán a tener la capacidad mínima indispensable para un conocimiento como éste. La sensibilidad juega un papel muy importante y podría provocar reacciones fuertemente perjudiciales y negativas. La depresión, una angustia intolerable, el abatimiento que elimina cualquier tipo de esperanza, la rebeldía interior frente a un acontecimiento absurdo e insensato agravarían, aún más, el dolor y la postración de la enfermedad, influyendo también en su misma evolución. Por eso la verdad, como todo valor ético, tiene que estar subordinada al mayor bien de la persona y, a pesar de sus ventajas —relación confidencial, respeto a la dignidad del otro, posibilidad de prepararse y asumir un hecho singular—, podría quedar disimulada, al menos pasajeramente, si constituyera un grave daño para el enfermo. La decisión se adoptaría después de analizar los múltiples factores que entran en cada situación, buscando siempre lo que parezca mejor.

El tema adquiere una relevancia especial en los enfermos cancerosos. Es evidente que para el hombre contemporáneo el cáncer no es sólo una enfermedad grave, como el infarto o una hemorragia cerebral, sino que la simple palabra ocupa un puesto privilegiado en la imaginación individual y colectiva. Es la objetivación de un mal absoluto que despierta angustias y reacciones inconscientes e irracionales. Además de ser el símbolo específico de la muerte —su anuncio se vive como una condena—, es presagio también de un final trágico, brutal, intolerable, cuya imagen inconsciente está alimentada con una dosis excesiva de fantasía. No quiero disminuir su gravedad e importancia, pero tampoco conviene dejarse impresionar por la figura creada en nuestro inconsciente colectivo. Conozco a bastantes enfermos que han sabido vivir reconciliados pacíficamente con esta realidad, convertida para ellos en un tiempo de enorme densidad humana y religiosa. Pero comprendo que el carácter mítico que le rodea, aumenta las dificultades de la comunicación.

### **Las excepciones no eliminan el ideal**

No desearía que estas últimas consideraciones restaran importancia a lo dicho con anterioridad. Me parece que hoy somos demasiado proclives a utilizar la mentira piadosa y el disimulo, porque nos resulta más cómodo, nos evita inconvenientes personales, o no estamos preparados para este trabajo. Lo importante sería, entonces, que, cualquiera que fuese la decisión, no estuviera nunca motivada por el miedo al compromiso, con lo que ello exige de tiempo, fuerza y equilibrio personal, sino buscando lo mejor para este enfermo concreto.

Lo ideal, me parece, sigue siendo la información. Incluso a aquellos que se negaron a recibirla —y respetando su voluntad—, se les puede preparar con

enorme delicadeza en el momento oportuno y sin decir una verdad salvaje y desproporcionada, que no podrían asumir. Todo enfermo consciente, como dije, intuye de alguna forma su gravedad, capta por una serie de síntomas que la evolución de su proceso se hace preocupante. Bastaría, en esos casos, no dar falsas esperanzas ni quitar importancia a sus presentimientos interiores, para que ellos mismos terminen diciéndose la verdad. Ese lenguaje simbólico y algo misterioso, que ellos escuchan a su alrededor y en su interioridad, se va clarificando poco a poco y, desde fuera, podemos ayudar a descifrarlo.

Cuando existe una preparación humana, psicológica —y religiosa para el creyente—, el encuentro con la verdad de la muerte resultará altamente positivo. Una preparación que no será posible realizarla en los últimos días, si antes no se había dado un previo planteamiento frente a estos problemas básicos de la existencia. Lo difícil, en la actualidad, es encontrar personas capaces de llevar adelante semejante tarea. Pero la preocupación debería existir entre el personal sanitario y los familiares, sin descargarse mutuamente el peso de la responsabilidad. El problema radica en que muchos no se han detenido nunca a pensar un rato sobre esta obligación. También aquí sólo el que ama tiene derecho a decir la verdad y sólo el que haya solucionado sus propios interrogantes ante la muerte podrá ayudar a los demás en su camino hacia ella. ¿Es falta de amor o sobra de miedo lo que nos paraliza?

**Eduardo López Azpitarte**

## LIBROS RECIBIDOS\*

- AGOSTINO, *Imaginación simbólica y estructura social*. Sígueme, Salamanca 1985, 154 págs.
- Algunos aspectos de la teología de la liberación. Instrucción de la Santa Sede y otros documentos*. PPC, Madrid 1984, 92 págs.
- ALLEN, *Mircea Eliade y el fenómeno religioso*. Cristiandad, Madrid 1985, 300 págs.
- ARTIGAS, *Filosofía de la naturaleza*. Eunsa, Pamplona 1984, 226 págs.
- ARTIGAS, *Introducción a la filosofía*. Eunsa, Pamplona 1984, 210 págs.
- BONIFACE-GAUSSELL, *Los niños consumidores*. Narcea, Madrid 1984, 128 págs.
- BOROBIO (Ed.), *La celebración en la Iglesia. I: Liturgia y sacramentología fundamental*. Sígueme, Salamanca 1984, 608 págs.
- BRO, *¿Cuál es el secreto de la confesión?* Sígueme, Salamanca 1985, 116 págs.
- CANALEJO, *La comendadora* (novela). Dyrsa, Madrid 1985, 372 págs.
- COMISION EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, *Crisis económica y responsabilidad social*. PPC, Madrid 1984, 24 págs.
- COTHENET y otros, *Escritos de Juan y Carta a los Hebreos*. Cristiandad, Madrid 1985, 342 págs.
- CRUZ HERMOSILLA, *El gallero* (novela). Dyrsa, Madrid 1984, 288 págs.
- DUPONT, *La dinámica de la clase*. Narcea, Madrid 1984, 222 págs.
- JORDA, *Inconsciencia*, Dyrsa, Madrid 1984, 372 págs.
- JUAN PABLO II, *En los jóvenes está la esperanza. Cartas de Juan Pablo II a los jóvenes y a los sacerdotes en el Año Internacional de la Juventud*. PPC, Madrid 1985, 96 págs.
- JUAN PABLO II, *Reconciliación y penitencia*. PPC, Madrid 1985, 118 págs.
- MOLINUEVO, *El idealismo de Ortega*. Narcea, Madrid 1984, 172 págs.
- MULLER, *Reflexiones teológicas sobre María, Madre de Jesús. La mariología en perspectiva actual*. Cristiandad, Madrid 1985, 138 págs.
- OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIAN Y VITORIA, *El oscuro mundo de la droga juvenil*. PPC, Madrid 1984, 50 págs.
- OBISPOS DE LAS PROVINCIAS ECLESIASTICAS DE GRANADA Y SEVILLA, *El catolicismo popular. Nuevas consideraciones pastorales*. PPC, Madrid 1985, 36 págs.
- ORTEGA (Ed.), *Catequesis de San Cirilo de Jerusalén*. PPC, Madrid 1985, 200 págs.
- OTERO, *Qué es la orientación familiar*. Eunsa, Pamplona 1985, 2.ª ed., 200 págs.
- PIENDA, *El sobrenatural y los cristianos*. Sígueme, Salamanca 1985, 220 págs.
- PIKLER, *Moverse en libertad*. Narcea, Madrid 1985, 165 págs.
- RAPOPORT, *La moral del terrorismo*. Ariel, Barcelona 1985, 300 págs.
- SALZER, *La expresión corporal*. Herder, Barcelona 1984, 200 págs.
- SANCHEZ, *Familias rotas y educación de los hijos*. Narcea, Madrid 1985, 125 págs.
- TORRELLA, *El anuncio del Evangelio hoy*. PPC, Madrid 1985, 66 págs.

(\*) La Revista se reserva el derecho de recensionar de la lista de *Libros Recibidos* aquéllos que juzgue de mayor interés de cara a sus lectores, a no ser que hayan sido expresamente solicitados por ella.